UN VIAJE SILENCIOSO

Pío VI, el dirigente espiritual de los católicos, ha hecho un nuevo viaje.

Algunos se preguntan si es su angustiado temperamento —Juan XXIII le comparó con Hamlet— el que le lleva a desplazarse en su actividad espiritual, haciendo estos viajes diplomáticos-sibilinos, que caracterizan el pontificado de este Papa.

Pero la razón más profunda probablemente está en otro sitio.

En España, cuando fue elegido, le salutaron con alborozos los progresivos. Hoy le alaban bastantes conservadores. Pero, en conversaciones privadas, se sienten unos y otros, un poco incómodos con él. Los primeros, porque les ha defraudado, según dicen, el Montini; los demás, al convertirse en un Papa a quien el cargo parece abrigue con su neutralidad. Los segundos, porque nunca llegan a creer —a pesar de ciertas advertencias de aparición rígida que hace a los católicos el Pontífice— que haya dejado éste de ser el mismo Montini de siempre.

Este temor de los conservadores está fundamentado, porque la visión amplia de muchas de las actitudes de Pío VI hacen ver que estos cambios y estas llamadas de atención obedecen más a un deseo de coordinación y unidad, intentados por procedimientos más o menos diplomáticos, que a una seria adversación, como si el Papa se hubiese convertido a las posturas ultraconservadoras. Cuando se despide a la O.N.U., es un momento en que la crisis del catolicismo era fuerte, sus discursos fueron abiertos, acogedores y sin pesimismos. La razón era porque se dirigía a todo el mundo y dejaba a un lado las posturas conciliadoras y eclesiásticas que suele usar con los católicos. Sus discursos de inocencia y, sobre todo, sus decálogos al periódico milanes Corriere della Sera representaban la apertura de su pensar, su confianza en el hombre moderno, su impasibilidad ante la crisis de los católicos y la aceptación enmangada de las diferencias de opinión entre los católicos.

Otros aparentemente cambios de actitud del Papa son también explicables por las circunstancias personales en que se encuentra a veces. Un caso bien claro lo tenemos al comparar dos textos sobre un mismo asunto, el de la sociedad del cristiano en el mundo. Su discurso a los tres mil congresistas del III Congreso Mundial de Apoctolado de los Seglares, en octubre de 1961, deslumbró a muchos de los católicos de los seis países allí representados. Ahora —el 27 de abril último—, a una conferencia —apenas de pronunciar otro discurso, en donde da un nuevo planteamiento más abierta a la autonomía y libertad de las cosas de este mundo, porque está más sereno su ánimo que entonces y se halla restablecida su precaria salud de aquellos días. Pío VI planta ahora con apertura y modernidad, la acción del cristiano en la sociedad civil de nuestro tiempo, sin ningún temor a seguir —y a citar textualmente— a los teólogos dialogantes con el mundo, aunque todos ellos sean susceptibles a los ojos de los católicos conservadores. Inspirándose en los discursos de los pueblos, pide a los católicos, conforme a la Carta de la Corte, con confusión —la consagración del mundo, y lo hace sin pretender ningún confuso dominio teológico al paternalismo clerical.

Algunos piensan, y en eso estos aparentes cambios y estas actitudes eclesiásticas y conciliatorias diplomáticas de Pío VI con las divergencias católicas y con los problemas de crisis religiosa actual, le dejan personalmente insatisfecho, y se siente obligado a escribir, como complemento de muchas de sus instrucciones, algunas ocasiones significativas para expresar su postura sin lugar a dudas. Y ese es el sentido que pretende sus viajes.

A la llamada, la patria de la cristianidad, quiso ir el empezar

Algunos símbolos desaparecidos. Queda también vivir la angustia del hombre en los países subdesarrollados, presentándose en la India o dirigiéndose a Colombia. Lanza un abrazo a la cristianidad oriental de Turquía. No quiero que fallezca su presencia en el organismo universal que es la O.N.U. Pero, un em-}

bargo, no se atrevió a apartarse de la devoción popular —hoy, sin embargo, tan superada en los ambientes católicos más conscientes— tal como ha estado representada en Página, y al salir se dirigió también.

Pero ante estas manifestaciones religiosas, no hay que olvidar que pasa el tiempo y se produce una fuerte evolución en los cristianos. Evolución que, incansablemente, va haciendo madurar nuestra fe, haciéndola pasar del estado infantil en que se encontraba a otro que es mayor de edad. Y para este desarrollo personal de la fe, cada vez van haciendo menos falta estas alocuciones eclesiásticas o estos símbolos, que, cada vez más, presentan más a las masas.

Los correspondientes de la prensa mundial, que asisten al desplazamiento del Papa a Ginebra, observaron un menor interés y curiosidad en el público que en los demás viajes ministeriales.

Y en la prensa mundial la atención dedicada a este viaje ha sido menor que la que le dedicaron a otros desplazamientos. Incluso sus discursos —si bien lo ha sido comentado, menos para lo que de bien para lo que para real.

Este es el hecho subrayado también por uno de los comentaristas religiosos más agudos del teólogo periodista René Laurentin en "El viaje último", o "en comparación con los anteriores": "hay resultado silencioso".

El mismo Pío VI ha querido codificar cada vez más. En ese sentido, aunque no siempre, ha conseguido hasta ahora, porque muchas actividades demasiado triunfalistas y muchos atributos lógicos de su función tienen todavía el regusto de toda laActualidad con la sensibilidad de muchos contemporáneos. Pero el proceso de simplificación está en marcha —queriéndolo explícitamente o sin querer—, como se demuestra en el mayor silencio hecho en torno a la posible significación espectacular: de su último desplazamiento viajero, en el que intentaba simbolizar su interlocución social con un lado, y las religiones-espirituales, por otro. Y esto conviene que nos demos todos —dirigentes y fieles— cuenta de ello.

El menor impacto que los gestos tienen en un mundo como el nuestro —el mundo de la segunda mitad del siglo XX—, es porque los hombres y mujeres de hoy en día van dejando atrás sus minorías de edad cultural. Antes, un hombre o un dirigente espiritual impresionaba fuertemente a las masas con su gesto o con su simple presencia. Hoy se nos hacen familiares, sin querer, lo que es, porque ya no perciben el impacto de su actitud ni el de su presencia, más o menos impresionante, como lo percibimos, hasta hace poco, cualquiera de nosotros mismos.

La comunicación del dirigente —espiritual o profano— con el pueblo, cambia de signo. La presencia personal —el culto a la personalidad— o el simbolismo del gesto empieza a perder fuerza a ojos visibles; y la sencillez, cuanto más radical, mejor, en lo que es posturas que en atuendo, palabras o ceremonias, es ya el único camino adecuado para transmitir el mensaje que cualquier dirigente, humano o religioso, tiene que comunicarnos.

Por eso, el silencio de las masas y la menor espectacularidad en torno a este viaje da que pensar. Y este reflejo no ha dejado de comprender el nuevo medio de comunicación —más sencillo, personal y dialogante— que los dirigentes del mundo religioso tienen que adoptar, superando toda espectacularidad y todo dirigirismo paternalista.